

EL HORROR DE HAN



Paula Díaz Pérez (Paula Luna)

46k

Escocia, año 1876. Ming Tao, un opulento hombre de negocios afincado en Edimburgo, desaparece sin dejar rastro. Su esposa, Rowena Ming, tratará de reunir toda la información posible para descubrir qué misterio se oculta tras su ausencia.

ÍNDICE

Prólogo: la mujer en la que me he convertido	3
Capítulo I: un hogar	9
Capítulo II: la llamada	24
Capítulo III: coincidencias	37
Capítulo IV: el viaje	58
Capítulo V: ruptura	70
Capítulo VI: intervención	81
Capítulo VII: huida	97
Capítulo VIII: eso	112
Capítulo IX: diez	119
Epílogo de Rowena Ming	129

Había una vez un hombre que tenía miedo.

Tanto era así, que creó un mundo entero a su alrededor.

Forjó una nueva personalidad, entabló nuevas amistades, formó una nueva familia,
comenzó una nueva carrera...

Construyó y construyó hasta que se le acabaron los recursos y, cuando esto sucedió, se
quedó solo con sus miedos y sin saber quién era.

Como no sabía quién era, enloqueció, y sus miedos se hicieron realidad.

Prólogo: la mujer en la que me he convertido

Hace unos años pensaba que no podía haber nada más terrible que perder a un ser amado.

Eran días en los que me dedicaba a pasear por Edimburgo, admirar el frescor de sus parques, sumergirme en la marea gris de sus calles, en busca de entretenimientos de chiquilla. Solía pasar la mañana leyendo las últimas novelas que llegaban a *Grassmarket*, bajo el dosel de mi cama, la misma cama de mi infancia que tantos sueños y esperanzas me prometía. A menudo, el desayuno se mezclaba con el almuerzo y, sobre la hora del té, mi querida prima Freija me sacaba de mi ensimismamiento para hablarme de los últimos solteros llegados a la ciudad y de sus planes de futuro, a los de Freija me refiero, claro. Os podréis imaginar que los planes de los solteros estaban sujetos a cambio según la voluntad de mi inquieta prima.

Las tardes las pasábamos juntas visitando las tiendas y cafeterías de moda y planeando nuestros próximos encuentros con las más exclusivas personalidades burguesas, a las que teníamos acceso gracias a los contactos de nuestra familia. Si esa noche había alguna fiesta en el corazón de Edimburgo, allí estábamos nosotras, vestidas a la última moda. Mientras que Freija acaparaba toda la atención de los hombres con su tersa y blanca piel, aún más acentuada por la fina capa de polvos azules que se aplicaba en las orejas y que encajaba perfectamente con su pelo rubio, ondulado con tenacillas, dándole la imagen de una Ofelia enloquecida por amor; yo me limitaba a acabar la sidra que su ajustado corsé no le permitía pasar hasta su estómago. Era el estilo minuciosamente estudiado que volvía locos a los hombres de nuestro entorno. Y Freija y yo, al volver a casa, disfrutábamos como las crías que éramos repasando la lista de chicos que habían picado el anzuelo.

La mañana siguiente a una fiesta, la ocupaba pintando mi propia versión de lo ocurrido durante la noche, apoyada en el alféizar de mi ventana, tarareando las melodías que habían sonado en los salones de baile.

Qué ingenua era entonces.

Si pudiera hablar ahora con la niña que fui, le diría que no perdiese el tiempo con entretenimientos vanos. Le haría ver que no hay fiesta que se iguale a una tarde paseando sola por *Holyrood Park*, observando a las familias y parejas y disfrutando de ese sentimiento de singularidad, de no pertenecer a nada ni a nadie. Me tumbaría en la hierba y comprendería que ese vacío, fruto de la soledad que me invadía tan a menudo, no era mi enemigo, si no mi tesoro máspreciado. Me iría a vivir con mi abuela Silea para disfrutar con ella de sus últimos años de vida y aprendería de ella todos los secretos de la tierra. Disfrutaría cada segundo de mi juventud y no me

quedaría tiempo para sentirme ansiosa por el vértigo que me producía pensar en el futuro, pues ya habría comenzado a vivirlo.

Lamentablemente, la realidad resultó muy diferente a cualquier otra que hubiese alcanzado a imaginar durante aquellos años.

Mis padres nunca habían insistido en la necesidad de un enlace matrimonial. Mi madre era una mujer de hábitos sociales, acostumbraba a pasar las mañanas fuera de casa, visitando a sus amigas. No nos parecemos demasiado. Cuando Freija venía a casa, solían ser ellas dos las que hablaban de los rumores y yo la que era informada de todos esos datos que parecían tener tanta relevancia.

Una tarde lluviosa mientras releía *La mujer gris*, uno de mis cuentos favoritos, mi madre irrumpió en la habitación:

- ¡Niña! ¿Aún sigues en camión? – Me encogí de hombros tras sobreponerme a la abrupta interrupción que esa mujer de aspecto nervioso había provocado en mi lectura- ¿No has hablado con tu prima? ¿Ni con tu padre? ¡Claro, si no habrás salido de tu cuarto en todo el día! ¡Ya puedes empezar a acicalarte que lo de esta noche no te lo puedes perder!

- ¿Pero qué pasa? – Me quejé mientras mi madre me sacaba a tirones de la cama - ¡Mamá! Hoy pensaba quedarme en casa, no me encuentro muy bien...

- El señor Le Fanu ha pasado la mañana en la editorial de tu tío y esta noche hay una cena para homenajearle...

De repente el mundo se paró. Recuerdo que me arreglé sistemáticamente con la ayuda de mi madre, mientras ella cacareaba una serie de detalles sobre la cena y los invitados que yo no llegaba a escuchar. Sheridan Le Fanu era mi escritor favorito y sus libros, los responsables de que siempre me acostara tarde. Mundos tenebrosos, personajes oscuros, decadentes y sobrenaturales, aromas embriagadores... todas mis fantasías de joven soñadora con una salud enfermiza se materializaron delante de mí.

Súbitamente me vi en la puerta de ese céntrico restaurante de Edimburgo, cargada con al menos tres libros del autor, fustigándome por no haber encontrado mi ejemplar de *Tío Silas*, una primera edición que mi padre me había regalado cinco navidades atrás.

Entré torpemente en la sala, haciendo un gran esfuerzo por salir de mi letargo vespertino. Freija ya estaba allí, coqueteando con las jóvenes promesas literarias del momento.

- ¡Cariño! ¡Aquí! Cuánto me alegro de que hayas venido.

Mi padre me llamaba desde el fondo de la sala acompañado de mi escritor irlandés

favorito. Casi sin darme cuenta, crucé la habitación corriendo hacia ellos con grandes aspavientos y sin parar de elogiar a Le Fanu mientras que este me sonreía con amabilidad. No sé cuánto tiempo estuve allí, hablando atropelladamente mientras que firmaba mis libros casi sin yo pedírselo. No fue hasta que avisaron de que iban a servir la cena cuando tomé conciencia de que Freija debía de estar en algún rincón de la sala, esperando a que la salvara de la conversación con algún escritor sobrevalorado, de esos que tenían una vanidad a la altura de la cantidad de libras esterlinas que sus padres habrían invertido en su educación. Eran una especie habitual en las fiestas que celebraba mi tío.

- Ven por aquí, cariño – decía mi madre mientras me guiaba hasta la silla que se me había asignado – dame estos libros. Tranquila, no te los voy a perder, los pondré junto a tu abrigo en el vestidor.

- Eh... De acuerdo... - le dije mientras le entregaba mis ejemplares con recelo - Pero, ¡trátales con cuidado! ¿Hay vigilancia en el vestidor?

Mi madre se había alejado lo suficiente como para fingir que no podía escucharme. Y allí estaba yo, otra noche más. Mi prima, tan almidonada y deslumbrante como siempre, hablaba con dos hombres situados a su izquierda y su derecha. Yo tomaba asiento justo en frente de ella, intentando pasar desapercibida. No estaba segura de haberme vestido como a Freija le gustaba y, a juzgar por las miradas de reojo que me dedicaba, me atrevería a jurar que no.

- Parece que el pobre Sr. Le Fanu no ha encontrado un sitio más alejado de usted.

Una mano esbelta se interponía en mi campo de visión. Observé hacia donde apuntaba viendo que, efectivamente, el escritor se encontraba en la mesa más alejada de la mía. Fui buscando al dueño de esa voz con un creciente enfado por su incorrecto comentario. Aún no había encontrado las palabras con que recriminar su descortesía cuando el rostro que vi me impresionó.

Se trataba de un hombre de unos treinta años de edad, de rasgos asiáticos no demasiado acentuados. Sus ojos oscuros estaban ligeramente rasgados y no parecía ser mucho más alto que yo.

- Creo que a lo mejor desconoce – comencé, tratando de mantenerme serena – que en nuestro país esos comentarios resultan totalmente inapropiados hacerlos a damas desconocidas, señor...

- Ming Tao, aunque por aquí suelen llamarme señor Han – me contestó – y perdóneme, creo que la cerveza de esta zona no nos sienta igual a todos.

Así fue como conocí al señor Han. Ese instante fue para mí la guinda de una noche de terror romántico perfecta. El exotismo de ese hombre, junto con la mezcla de sus

rasgos me resultaron sumamente atractivos. Estuvimos toda la noche hablando de sus orígenes. Era de Pekín y llevaba un par de años impartiendo clases en la Universidad de Edimburgo. Conocía bien el idioma porque su abuela era escocesa y él había pasado temporadas en Escocia durante su infancia.

Cuando me quise dar cuenta, casi todo el mundo se había ido del restaurante. Ninguno de los dos habíamos comido apenas, entusiasmados por la conversación, y los hosteleros parecían impacientarse. Avergonzados, apuramos el último trago de cerveza que nos quedaba y nos levantamos para abandonar el local.

Freija ya se había ido, seguramente con sus dos nuevos amigos, y prefería no saber ni a dónde ni a qué. Ese día no me encontraba del todo bien debido a un enfriamiento y la idea de cargar en mi estado con tres libros a otro pub no me seducía, por lo que el señor Han insistió en acompañarme a casa con mi carga.

- Ha sido todo un placer pasar esta noche con usted – me dijo Ming Tao al despedirse – me ha resultado una mujer sumamente interesante.

- ¿Yo? ¿Interesante? – Le dije resoplando – ¡Qué, va! Lo que pasa es que soy un poquito extravagante. – acto seguido, le cerré la puerta en las narices, impactada por el inmerecido elogio.

Al darme la vuelta, vi a mi madre observándome desde el salón, resignada y divertida a partes iguales.

- Con un poco de suerte, pensará que tus escasas habilidades para el coqueteo son habituales entre las escocesas, y no que forman parte de tu “interesante” personalidad – me dijo suspirando con una sonrisa en los labios.

Los siguientes días fueron de los más extraños vividos hasta ese momento. Mi padre estaba muy emocionado por el interés que el señor Han mostraba hacia mí. Al parecer era un hombre con una gran riqueza en su país, y se estaba haciendo un nombre en la ciudad. Toda mi familia actuaba de un modo fuera de lo común: mi padre no paraba de concertar citas con todos los hombres de nuestro círculo para asegurarse de que el señor Han era realmente quien decía ser. Mi madre, que siempre me había dejado libertad para decidir qué vestidos ponerme, no paraba de aconsejarme: “con tu pelo oscuro deberías combinar...”, “es una suerte que tengas la piel tan pálida porque este carmín...”, “estos zapatos son muy planos, deberías usar estos un poco más altos para que así tu busto...” comentarios de ese tipo se hicieron habituales. En cuanto a mi prima Freija, estuvo sin visitarme casi una semana entera. Un día, al ir a devolver un camisón, tan incómodo como caro, que mi madre llamaba *negligée* y que yo me negaba a usar, la encontré por casualidad.

-¡Freija! ¿No me oyes? – La alcancé y la cogí del brazo - ¿Me puedes explicar qué

demonios te ocurre?

- ¡Ah! ¡Suéltame el brazo, bestia! – Me contestó enfurruñada mientras se liberaba de la presión de mi mano - Me parece increíble que una mujer tan poco delicada como tú vaya a conseguir marido antes que yo.

Inmediatamente las dos nos echamos a reír, relajando toda la tensión que habíamos acumulado desde la noche de la fiesta. Fue entonces cuando tomé conciencia de todo lo que estaba pasando. Estaba a punto de convertirme en la señora Han. Nadie me había pedido opinión sobre él, pero tampoco parecía importarme mucho. Era evidente que él me gustaba y también parecía ser evidente que mis padres estaban deseando que la holgazana de su hija saliese de casa y les diese nietos, un poco menos holgazanes, a ser posible.

Este podría haber sido el final de una historia tierna, común, dentro de los esquemas respetables y totalmente convencionales. Pero no, estaban a punto de acaecer los años más desconcertantes de mi vida que incluirían hechos nada tiernos, ni comunes, tampoco respetables y en absoluto convencionales.

Mi nombre es Rowena Ming. Hace un año que mi marido desapareció sin dejar rastro. Inspeccionando su despacho he conseguido encontrar unos nombres de personas que considero claves para averiguar su paradero o, al menos, iluminar un poco la encrucijada en la que me encuentro.

Mi deseo es reunir en las siguientes páginas toda la información que dichas personas me puedan ofrecer sobre mi marido, para poder dejar atrás al fin este sentimiento de angustia y culpa.

Porque lo más terrible que me ha pasado en la vida no ha sido perder a Ming Tao. Lo más terrible ha sido reconocer en mí misma el hecho de que estoy mejor así.

Lista de personas clave ordenada por orden alfabético:

- Kink, Gregor: geólogo. Profesor en la Universidad de Glasgow. Nacido en Inverness.
- McGowam, Edmund: amigo de mi marido, le conoció al poco tiempo de casarnos. Imparte clases de Teología en la Universidad de Edimburgo. Aunque prefiere no hablar de ello, sé que descende de un linaje noble de Inverness, su ciudad natal.
- McGrew, Elisabeth: novelista. Nacida y residente en Ullapool.

- Pendleton, Avigail: esposa del inventor Brandon Pendleton. Nacida y residente en Fort William.
- Pendleton, Brandon: marido de Avigail. A veces, concede entrevistas relacionadas con temas de física tanto en las Universidades de Glasgow como de Edimburgo.
- Salazar, Heredia: espiritista. Conocida en todo Reino Unido por sus espectáculo de hipnotismo.
- Strasberg, Jonathan: amigo y vecino de la familia desde mi más tierna infancia. Es médico psiquiatra en Edimburgo.

A continuación ordeno cronológicamente fragmentos de diarios y anotaciones. Buscando la colaboración de estas personas albergo la esperanza de que esta pesadilla llegue pronto a su fin.

Capítulo I: un hogar

Bajo petición de mi amiga Rowena Ming, yo, Edmund McGowan, de 31 años de edad, autorizo a que posea parte de mis anotaciones personales y a que las utilice para investigaciones policiales si fuese necesario.

22 de febrero de 1871

Apenas llevo unos meses viviendo en Edimburgo. Resulta una ciudad bulliciosa si la equiparamos a mi apacible ciudad natal, Inverness. El clima es bastante más agradable aquí en comparación, y resulta mucho más sencillo acceder a la cultura. Existen multitud de teatros, bibliotecas, museos... Aunque por otra parte, echo de menos mi hogar. Temo ser una persona demasiado familiar.

Por eso mismo, me ha alegrado conocer hoy a un hombre que tampoco lleva demasiado tiempo viviendo en la ciudad.

Me encontraba en la biblioteca de la Universidad de Edimburgo, donde imparto clases de Teología para estudiantes de Derecho. Suelo acudir al lugar en mis descansos entre clases para relajarme ya que no hay ningún otro sitio en la Universidad donde pueda estar sin escuchar algún cuchicheo molesto, carreras, gritos... No recuerdo haber sido tan alborotador en mi época de estudiante, de la cual no hace tanto.... Aunque ahora... son unos tiempos complicados, desde luego.

Hace un par de días conocí a Sophia Jex-Blake. Se trata de una joven excepcional que estudia Medicina. En esta Universidad, hay seis mujeres que estudian dicha disciplina. He de decir que si hace unos años alguien me hubiese dicho que una mujer podría operarme, me hubiera horrorizado y me habría parecido inverosímil. No obstante, habiendo conocido a estas chicas debo reconocer que estaba muy equivocado. Estas mujeres son perfectamente capaces de asumir estos puestos de trabajo y lo que me preocupa es que no todos los hombres que las conocen piensen lo mismo. Al parecer, hace un año, varios alumnos y profesores de Medicina se amotinaron en contra de que estas mujeres estudiaran... No me parece razonable. Si no las conocieran, admito que sería una duda comprensible, pero habiéndolas tratado, no. Creo que estos hombres se sienten vulnerables ante mujeres tan capaces debido a su legado de prejuicios, y eso no es un valor cristiano, desde luego.

Estoy haciendo un estudio acerca de este tema, la inmoralidad de los prejuicios, comparando diferentes religiones, y creo que puede resultar interesante para mis clases.

En estas reflexiones estaba inmerso, cuando me percaté de que el libro *The Kirk: historia y tradición* no se encontraba en su lugar. Por curiosidad, busqué entre las mesas al estudiante que lo estaría leyendo y me sorprendió encontrar a un hombre con rasgos orientales hojeándolo.

Al momento se dio cuenta de que lo estaba observando.

- Perdone – susurró - ¿le puedo ayudar en algo?

- Eh... ¡no! Disculpe. Discúlpeme. Nadie lo suele estudiar y me ha sorprendido que...

- Que un extranjero lo esté leyendo, ¿no?

Me ruboricé al instante al pensar que podría haberle ofendido con mis palabras, pero me tranquilizó con una amplia sonrisa.

Se llevó el libro y dimos un paseo por los pasillos de la Universidad. Resultó ser un hombre dedicado al mundo de los negocios, nacido en Pekín. Curiosamente, había pasado gran parte de su infancia en Escocia y en la actualidad, da clases de chino a algunos alumnos y profesores de la Universidad. Me llamó la atención el que se interesase por la Iglesia de Escocia y le confesé que parte de mi familia trabajaba en ella. Pareció muy sorprendido y me pidió que tomásemos un té juntos para poder hablar del tema y conocernos mejor.

He de decir que aún no había encontrado a nadie tan interesante en la ciudad, aunque es cierto que tampoco llevo mucho tiempo viviendo aquí. Espero seguir relacionándome con él en adelante.

27 de febrero de 1871

Estas últimas tardes he estado tomando el té con el señor Han en un establecimiento cercano a la Universidad. Conforme vamos conociéndonos, debatimos más sobre nuestra cultura y religión. Estoy fascinado con la apertura mental de la que este hombre hace gala ya que no todo el mundo suele estar tan dispuesto a analizar sus creencias y compararlas con otras.

Yo mismo albergaba grandes prejuicios antes de conocer bien el Budismo y el Taoísmo. Para empezar debo decir que creía que eran una misma religión politeísta y estaba cerrado a adquirir cualquier nuevo conocimiento, cegado por mi falta de información.

Resulta que el Budismo es más bien una filosofía que no va reñida con las religiones y que tiene muchos puntos en común con el Cristianismo. Por ejemplo, esta filosofía también busca la sublimación a un estado superior del alma a través de un camino de desapego de los deseos materiales y los placeres sensoriales. Aunque ellos pueden adquirir esta paz durante la vida terrenal. Los budistas utilizan una terminología muy específica que no he conseguido asimilar aún. Espero que en los próximos días sea capaz de realizar un esquema que, sin duda, me será de mucha utilidad en mis clases de Teología en la Universidad.

Me llena de alegría entender que hay más similitudes que diferencias entre religiones y filosofías que me parecían no tener nada en común en un primer momento.

Hoy hemos debatido sobre el lema de *The Kirk*, la Iglesia de Escocia, a la que tanto tiempo de estudio he dedicado. *Nec tamen consumebatur*. El significado de estas palabras parece haber despertado de un modo especial la curiosidad del Sr. Han:

- *Aun así no se consumía* – le explicaba – son palabras del *Éxodo* relacionadas con la manifestación de Dios ante Moisés en forma de zarza en llamas.

El señor Han tomó nuestro ejemplar del Antiguo Testamento, que ya habíamos dejado de forma permanente en un estante de la cafetería, y buscó el pasaje señalado:

- *Y se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía* – levantó las cejas mientras asentía – ¿no le parece curiosa la manera en la que todo parece estar relacionado?

- ¿A qué se refiere? – pregunté con curiosidad.

- Me refiero a todas esas vivencias personales que nos acompañan, como piezas de un puzle que no conseguimos entender... Y, de repente...

- ... esa carga que lleva años acompañándole se convierte en una revelación.

- Sí... algo así empiezo a sentir ahora... - Ming Tao miró el reloj de la cafetería y volvió a comprobarlo sorprendido. - ¿Es tan tarde, ya? Me temo que tengo que irme. Mi mujer debe de estar esperándome.

Antes de despedirnos, el señor Han me propuso cenar en su casa el próximo viernes para que así pudiera conocer a su esposa. Estoy impaciente por saber de ese hogar medio escocés, medio chino. Espero que la señora Han sea una mujer al menos la mitad de excepcional que su marido. Y debe de serlo teniendo en cuenta que mi compañero es, cuanto menos, un hombre de mundo.

23 de marzo de 1871

Llevo todo este tiempo estrechando mi relación con Ming Tao. El que empezó siendo un hombre que despertó mi curiosidad y me abrió la puerta hacia nuevos conocimientos, está convirtiéndose en un eje fundamental para mí en esta ciudad. Y desde luego, es algo que necesitaba con toda mi alma.

Solemos pasar las tardes en la cafetería de siempre, excepto en alguna ocasión en la que vamos a su casa para consultar algún libro de su biblioteca personal.

Me fascina su hogar. Cada habitación está decorada delicadamente con motivos escoceses tradicionales que, de una manera muy sutil, encajan a la perfección con esculturas y pergaminos chinos pertenecientes a la familia de mi amigo.

- En la organización de la casa tuve algo que ver – me explicaba el señor Han – pero la elección de los colores y la distribución de los objetos de decoración corre todo a cargo de mi esposa. Tiene un gusto muy particular y no seré yo quien la contradiga en este aspecto.

Desde luego coincidí en eso de particular el primer día que conocí a Rowena Ming.

Llegué a casa de mi amigo un poco antes de la hora a la que me había citado. Había tenido que comprar algo de tinta y decidí que sería preferible llegar con antelación a mi cita con él que llegar tarde por dejar el recado en casa.

Cuando llamé a la puerta me sentí algo ridículo. Parecía no haber nadie en el hogar y, en el caso de que estuviesen, podían estar ocupados en otros menesteres. Comenzaba a girarme para marcharme de allí cuando escuché unos pasos apresurados y el chasquido de una cerradura abriéndose.

- ¿El señor McGowan, verdad?

- Sí, soy yo. – contesté algo sorprendido. La mujer que abrió la puerta tenía manchas verdes y grises en su cara y su pelo. La observé detenidamente y comprobé que estas salpicaduras eran de pintura, y también estaban presentes en sus manos y ropas. – Siento haber llegado con tanta antelación, no quería molestar...

- ¡No es ninguna molestia! – Me contestó con una sonrisa que me pareció impostada – Perdón que no le estreche la mano... Eh... Creo que debería arreglarme un poco. Subo a mi habitación. Siéntase libre de esperar en el salón.

La señora Han huyó escaleras arriba sin explicarme dónde estaba ese salón, así que me tomé la libertad de explorar la casa. Al poco, di con la habitación de la que seguramente había salido a recibirme la esposa de mi amigo.

Se trataba de una sala grande y luminosa con las paredes cubiertas por unos tapices sobre los que Rowena había estado pintando. Me acerqué a echar un vistazo al que parecía estar fresco aún y he de reconocer que me sorprendió.

Por los colores que la señora Han estaba usando, esperaba ver un estanque apacible, pero al acercarme vi que en el sereno estanque japonés que estaba dibujando se encontraban una serie de figuras deformes y monstruosas que me miraban amenazantes.

- ¿Pero qué demonios...? – se me escapó con cierto tono de alarma.

- ¡Ah! Acabas de entrar en el mundo de penumbras de Rowena.

Me giré algo avergonzado por que el señor Han me hubiese sorprendido opinando sobre la macabra obra de su esposa. Debió percatarse de esto porque acto seguido se explicó.

- A Rowena le encanta leer todo tipo de novelas de terror y misterio. Tiene la cabeza siempre llena de figuras de ficción que necesita representar para entenderlas.

- Bueno. – Le dije tratando de ocultar mi incomodidad - Si eso le sirve para expulsarlas...

- No, no me ha comprendido. Ella adora llevar toda esa mitología dentro de su cabeza. Lo que le quita el sueño es no tener una imagen mental perfectamente definida de sus... creaciones.

- ¡Oh! Entiendo. – Le mentí – Igual deberíamos salir de aquí, no quiero que su esposa piense que estaba invadiendo su intimidad.

- Bien pensado. – Contestó – Rowena es algo reservada para compartir sus cosas, sin embargo no puede parar de hablar cuando le sacas ciertos temas de su interés. – mi amigo no paraba de sonreír mientras hablaba de su esposa. - Cuando la conocí, estuvimos hablando de literatura durante toda la cena. Podría dar clases de esta disciplina en la Universidad si se lo propusiera.

Durante la velada, el matrimonio fue muy hospitalario y parecía encantado con mi presencia en la casa. Sólo en algunos momentos, la señora Han se quedaba con la mirada fija en su plato, perdida en su mundo interior. Cuando ella misma tomaba consciencia de su desconexión, volvía a coger las riendas de la conversación. Al principio me incomodaba su comportamiento, pero, ya que a Ming Tao no parecía molestarle, decidí que a mí no tenía por qué violentarme tal situación.

Tardé un tiempo en entender a esa mujer tan amable y extrovertida algunas veces y tan abstraída y peculiar otras. El cambio se produjo semanas después, cuando tuve la suerte de encontrármela yendo de camino a casa. Iba caminando unos pasos por detrás de mí y pude percatarme de su presencia al escuchar un murmullo amargo, como el de alguien a punto de llorar. Me giré alarmado. Rowena deambulaba detrás de mí. Estaba leyendo un libro mientras caminaba y parecía tan absorta en la lectura que no se estaba dando cuenta de que había comenzado a interpretar a un personaje en voz baja.

- No sabía que también era usted actriz, señora Han. – le dije tratando de no reírme.

Al escuchar su nombre, sorprendida, la mujer levantó la mirada, volviendo inmediatamente al mundo real. Al momento empezó a reírse de una manera muy

particular.

- Lo he vuelto a hacer, ¿no? – me preguntó.

- Si se refiere a leer en voz alta, sí, eso es lo que estaba haciendo – contesté sin poder evitar que me contagiase su risa.

- Tengo que dejar este libro ya. – Dijo mientras guardaba su ejemplar en una bolsa – Es la tercera vez que lo leo y me absorbe por completo. Temo que últimamente paso más tiempo en la ficción que conectada con la realidad. – Se acarició con fuerza la frente, como si acabase de despertar y necesitase despejarse rápidamente - ¿A dónde va?

- Pues... Tengo un hueco libre y no imparto clases hasta esta tarde. Así que iba a casa por no tener nada que hacer. ¿Y usted?

- Pues iba a la biblioteca a por otro libro. Pero creo que como siga leyendo me voy a volver loca. – No pude evitar reírme y ella se rio también - ¿De qué te ríes? Crees que no se puede empeorar mucho más, ¿verdad?

- Bueno, sería toda una hazaña, sin duda.

- Pues me vas a hacer un favor, – me sorprendió que de repente hubiese empezado a tutearme. No me molestó. – me vas a acompañar a almorzar a un nuevo restaurante que han abierto en la *Royal Mile* y vas a vigilar que me quede en este mundo. Invito yo. No puedes decirme que no.

Divertido, no pude negarme a pasar mi tiempo libre con esa excéntrica mujer. Recuerdo haberme preguntado durante la comida si Ming Tao había decidido contraer matrimonio con ella por ser una mujer extrañamente peculiar o si no se habría percatado nunca de su rareza al ser extranjero.

Tras aquel encuentro, mis días en casa del matrimonio Ming han sido mucho más agradables y puedo sentir que los tres formamos parte de algo común. Con ellos comienzo a sentirme como en casa.

4 de abril de 1871

La pasada noche del 3 de Abril, quedé para cenar en un restaurante del centro con el matrimonio Ming. Minutos antes de salir de casa para enviar un mensaje al servicio de correos y partir hacia el restaurante, llamaron a la puerta de la habitación en la que me hospedó. Era mi casera, para variar:

- Señor McGowan, hay una mujer esperándole en el recibidor – al observar mi cara de asombro añadió – es una chica muy guapa.

- Señora Page, por favor, no sea impertinente. – Le contesté haciendo aspavientos con mi mano.

Bajé las escaleras mientras seguía reprendiendo a la señora Page con la mirada. Es una solterona cotilla que no deja de meter las narices en mi vida. Si yo me tomase esas libertades con ella sería tachado de grosero, pero como es al revés no hay problema... Espero encontrar pronto una habitación con mejores condiciones.

Cuál fue mi sorpresa al encontrar a la señora Han en el rellano. Estaba de espaldas, observando los horribles tapices de caza que la señora Page había escogido para decorar su hogar.

- Estoy seguro de que la última vez que vi un zorro no tenía el hocico tan plano. – Le comenté acercándome a ella con sigilo.

- Bueno, eso será porque el zorro que viste no sería un zorro violeta como el de este tapiz.

La señora Han se volvió sonriendo ácidamente. Me gustaba pasar tiempo con esa mujer. Se trata de una persona inteligente, que no se toma la vida tan seriamente como yo. En muchos aspectos, me convendría aprender de ella.

- ¿Ha pasado algo, señora Han? – Le pregunté - ¿Ming Tao está bien?

- ¡No, no! Estamos bien en casa, nuestra cena sigue en pie si se refiere a eso... Es sólo que... Bueno verá –comenzó a ruborizarse- Espero que no se lo tome a mal... -le sentaba increíblemente bien ese tono sonrosado en su piel, habitualmente pálida- ...Es sólo que... Sé que usted vive solo... Entonces he pensado que... verá... - levanté las cejas instándola a soltar lo que fuese que me tuviera que decir - Eh... ¡He organizado una cita doble con mi prima Freija!

- ¿Qué? – pregunté en un tono muy agudo.

- Sí. – concluyó sonriente.

- ¿Cómo? – dije carraspeando, intentando recuperar mi timbre de voz habitual.

- Bueno, todo el mundo dice que ella es la guapa de las primas.

Tuve que realizar una inspiración profunda para no perder los nervios. Es cierto que, desde mi traslado, apenas me había relacionado con mujeres solteras de mi edad, más por falta de tiempo que de interés. Pero que alguien me organizase una cita sin mi permiso rozaba la compasión para mí.

- A ver, señora Han... - continué tratando de serenarme.

- Puedes llamarme Rowena.

- ¡No! Señora Han, porque usted es la esposa de mi amigo, el señor Han... Así que señora Han está bien.

- Pues como guste, usted... - contestó con rintintín.

- A ver, Rowena... Señora Han quiero decir. No necesito una celestina. No sé por qué piensa que estoy solo...

- ¡Ah! ¿Vives con alguien aquí?

- No, no. No es eso, no estoy comprometido... pero tampoco lo necesito – comencé a rascarme la cabeza sobrepasado por la incomodidad.

- Pero, yo tenía entendido que los pastores sí que podíais tener esposa...

- No. – Me miré de reojo en el espejo de la sala. Me estaba despeinando mucho, así que hice el esfuerzo de dejar de rascarme la cabeza - Sí, quiero decir. Sí que pueden tener esposa, pero yo no soy pastor.

- ¡Ah! ¿Sólo Teólogo?

- Efectivamente – cada vez me encontraba más nervioso.

- Bueno, pues entonces, ¿por qué no quieres tener esposa?

- No es eso, yo lo que no quiero...

- Un momento – se acercó mucho a mí. Mucho. Pude percibir un ligero olor a orquídeas – Usted no será... ¿usted es...? ¿A usted le gustan las mujeres, no?

-¿¡Qué!?! –respondí absolutamente desarmado.

- Yo nunca me meto en la vida de nadie, así que tranquilízate, que no diré nada... Pero espero que el tiempo que pasas con Ming Tao no sea porque estés pretendiendo nada con mi marido.

- ¡NO ME GUSTA SU MARIDO! – la señora Page se asomó al rellano. La saludamos con un gesto de cabeza - A mí me gustan las mujeres, las adoro, – continué susurrando - Señora Han, lo único que sucede es que no me gusta que me organicen citas. No lo necesito.

- Bueno, hombre, no se ponga así, si es más por mi prima que por usted... – vio el gesto de incredulidad en mi cara - ...que ella tampoco lo necesita, que es muy guapa. Pero está un poco dolida porque yo me he casado antes y...

- ¿Y?

- Y me parecía que así estaría ella más conforme – empezó a reírse nerviosamente.

- ¿Me está diciendo, señora Han, que soy el premio de consolación de su prima?
- Bueno, tampoco se ponga usted tan digno, que bien soltero que está para adorar tanto a las mujeres.
- ¿Se da cuenta de que si su prima necesita un premio de consolación es porque ella peca de vanidad? – continué omitiendo su último comentario.
- Bueno, y usted se tiene en más estima que las mujeres solteras de su alrededor, así que los dos estáis bien servidos... - me contestó mientras se colocaba el abrigo.
- Señora Han... - quise interrumpirla.
- ...así que mire usted, tal para cual, ha encontrado la horma de su zapato...
- Señora Han, por favor, no invite... - insistí.
- ...un nuevo triunfo para el amor. Ya verá. ¡Si le va a encantar! Una belleza victoriana de las que ya no quedan. Voy ahora a por ella. –comenzó a abrir la puerta de la casa.
- ¡Señora Han!
- Sí. Eso le iba a decir, póngase el chaleco con bordados de *cashmeré* mejor, el que lleva es muy clásico. Es normal que las personas nos equivoquemos y pensemos que es usted pastor... ¡Le veo en una hora! –cerró la puerta de golpe.

Y allí estaba yo. Solterón y con aspecto de pastor. Al volver a mi habitación, me percaté de que la señora Page me observaba desde lo alto de la escalera. Hizo el ademán de decirme algo pero, al percatarse de mi humor, se dio la vuelta hacia otra parte de la casa.

[...]

Unas horas después, el matrimonio Ming, la bella Freija y yo nos encontrábamos en la mesa de un sofisticado restaurante, comiendo *coock-a-leekie* y *haggies* todo regado con un poco de sidra local y una dosis alta de tensión entre la señora Han y yo.

Mientras que Ming Tao hablaba de nuevas obras de teatro con la prima de Rowena, ésta y yo entablábamos una especie de duelo de miradas y puntapiés.

- ...pues señor Han, de verdad considero que la vieja compañía tenía mucho más que ofrecer. Los nuevos actores parecen acartonados, no me molestan especialmente, pero... un poco sí.
- Un poco sí, claro, entiendo perfectamente lo que quieres decir – decía Ming Tao sonriendo ampliamente, como suele hacerlo cuando desea guardar las formas- ¿usted qué opina, señor McGowan.

- ...

- ¿Señor McGowan? – Rowena me propinó un nuevo puntapié bajo la mesa.

- ¡Ah! ¡Oh, sí! Acartonados. Como el atrezo. Así son ellos.

- ¡Estamos totalmente de acuerdo, señor McGowan! –dijo Freija, complaciente.

Se sucedieron una serie de escenas similares detrás de otra. Por suerte, la comida estaba deliciosa. Al salir del restaurante, Ming Tao se excusó ante las mujeres diciendo que tenía que hablar de un asunto conmigo. La señora Han nos miró a ambos como si fuese a degollarnos en cualquier momento. Freija por su parte, no parecía enterarse de nada.

- Está bien – dijo la señora Han con un tono de voz que demostraba su irritación- Pues id a casa, que yo mejor me quedo a dormir con Freija.

Conforme nos hubimos alejado unos pasos de las mujeres, Ming Tao estalló en carcajadas.

- ¡Ay! ¡Pobre Edmund! – Me dijo palmeándome la espalda - ¿No tienes mucha suerte con las mujeres, verdad?

- Ming Tao, por favor, no me atormentes más de lo que ya estoy.

- Ay, ay, lo siento mucho – decía mientras se secaba las lágrimas de risa - Rowena no me ha avisado de su plan hasta unas horas antes de la cena. Si lo hubiera sabido antes, habría impedido que sucediese... Freija es muy guapa, sí, pero para un intelectual como usted no es una buena mujer. Usted necesita que pongan a prueba su materia gris, ¿verdad? No necesita a una mujer que en el momento en que no se hable de ella pierda todo el interés por la conversación...

Continuamos la velada bebiendo whisky en su casa. El desafortunado encuentro de esa noche dio pie a multitud de anécdotas y risas con mi amigo. Desde luego, en cuestiones de amor, el país de origen no implica grandes diferencias.

- En una ocasión durante mi adolescencia – le estaba contando al señor Han – llevé a una chica de Inverness a mi casa. Estaba muy nervioso porque no sabía con certeza si mis padres estaban dormidos o no. Fuimos sigilosamente a mi cuarto. Bueno, todo lo sigilosamente que podían dos jóvenes de quince años en esa situación. Cuando llevábamos unos minutos en mi habitación, llaman a la puerta. Era mi padre. Rápidamente, le pido a la chica que se esconda en una pequeña sala donde había el espacio justo para una letrina que yo usaba por las noches. Pues cuando ella ya está escondida, aparece mi padre y me ve, sudoroso y con la cara desencajada. “Uy, chico, tienes mala cara. Deberías ir al retrete.” Está a punto de cerrar la puerta y vuelve a entrar en mi cuarto “¡Ah! Pero no uses el de tu cuarto, ha habido un atasco y hemos

levantado el suelo de la sala, así que no entres a no ser que quieras oler a mierda el próximo año entero”.

- ¡No puede ser! – Ambos nos reíamos a carcajadas no sabía muy bien si a causa del whisky o por las anécdotas que contábamos - ¿y qué pasó con la chica?

- En cuanto salió mi padre de mi habitación, fui a la planta inferior a por ella – hice una mueca- La buena noticia fue que, al caer ella en blando, no se hizo daño. La mala fue que no volvió a hablarme en mi vida.

- Puede decirse entonces que fue una relación de mierda.

Ambos nos reímos y nos servimos otro vaso de whisky.

- ¡Por las relaciones de mierda! – brindé. Al tragar me quedé un rato observando a mi amigo – Ming Tao... Nunca me hablas de tu familia... ¿No echas de menos tu hogar?

La cara de mi amigo se quebró al instante. Me di cuenta de que no era una buena pregunta para hacerle a Ming Tao.

- Verás, Edmund... Me temo que mi juventud no fue tan agradable como la tuya. – dejó la botella de whisky en la mesa y permaneció un momento en silencio. - Yo vivía cómodamente en mi casa familiar, era una casa grande. Mis padres tenían un negocio comercial muy importante, y habían conseguido amasar una gran fortuna. Tenía, bueno, tengo dos hermanas pequeñas, y pasé una infancia muy feliz en esa casa, más feliz y afortunada que cualquier otro niño de la zona... Pero... No sé aún qué ocurrió. – se tomó un momento para continuar mientras apuraba su vaso- Mis padres desaparecieron. Cuando yo tenía catorce años... No dejaron rastro, ni un mensaje. Al ser el hombre y el mayor de la familia tuve que hacerme cargo del negocio familiar. Se me dio bien, y con el tiempo conseguí sacarle más beneficio incluso del que daba con mis padres. Mis hermanas eran muy pequeñas cuando pasó, se sobrepusieron enseguida y pudieron llevar una vida plena, criadas por nuestros tutores... Pero yo no podía ser feliz... Allí no... - se acarició brevemente la barbilla - Te debe sonar raro, pero siempre sentí que mis padres seguían allí, en esa casa. No era una sensación de protección, más bien de amenaza... sentía que ya no eran los mismos, que se habían convertido... en malas personas... ¿Cómo si no iban a abandonar a sus hijos así, no? – se detuvo en seco y prosiguió con un gesto de manos - Perdona. Esto te parecerá una locura... Cuando mis hermanas se casaron, pude dejarles el negocio a mis cuñados y dejé mi hogar. Me vine a Edimburgo. Quería dejar todo mi pasado atrás. Quería encontrar a una mujer escocesa inteligente, divertida, que me hiciese olvidar todos esos años, quería hacerme un nombre en esta ciudad, encontrar un nuevo trabajo, quizás abrir un nuevo negocio... formar una familia...

De repente, el señor Han rompió a llorar. No esperaba escuchar esa historia ni mucho

menos, ni que hubiese tanta sinceridad en sus palabras. Tampoco sabía cómo actuar al ver a Ming Tao en ese estado. Sentí la necesidad de que Rowena estuviese allí en ese momento, me sentía totalmente incapaz de sobrellevar la crisis emocional de mi amigo. No es algo que se me diese muy bien en general.

Torpemente, le llené el vaso de whisky y le di unos golpes en la espalda.

- Ming Tao... es realmente duro por eso que pasaste... - me rasqué la nuca sin saber muy bien qué decir - Pero ahora tienes una esposa magnífica que seguro que te traerá hijos dentro de poco.

El señor Han negó con la cabeza. Se enjugó las lágrimas con un pañuelo y después se bebió su copa de un trago.

- Rowena y yo llevamos intentando tener hijos más de un año y no. No se queda embarazada.

- Entiendo... - contesté algo incómodo - Pero eso a veces pasa, tenéis que seguir intentándolo un tiempo y...

- No, Edmund. Esto es mi culpa. Abandoné mi hogar, ahora no puedo tener hogar. Es una maldición. Estoy convencido de que es un castigo, por haber abandonado a mis hermanas, a mis padres...

- Pero, Ming Tao. Tus padres ya no están...

- Por favor, por favor – me detuvo con un gesto de manos y forzó una sonrisa - no puedo seguir hablando de esto en este momento... Yo... lo siento, siento haberme puesto así... Necesito estar solo el resto de la noche. – rápidamente se levantó - Sí. Eso es lo que necesito. Lo siento de verdad.

Accedí a irme no sin antes recordarle que podía contar conmigo para lo que necesitase.

Cuando ya nos habíamos despedido y me encontraba en el vestíbulo, enfundándome mi abrigo y mis guantes, Ming Tao apareció de nuevo con una botella de whisky.

- Edmund, – me dijo - necesito un favor de ti.

- Todo lo que pueda hacer –contesté mientras me giraba rápidamente hacia él.

- La casa de Freija está de camino a tu casa – me señaló la botella- llévasela a Rowena. No es mala persona. No hace las cosas a malas, sólo se preocupa por ti, y también por mí. Finge que no le importa tener hijos... Es muy comprensiva. Y esta cita doble tenía una buena intención. Le gustas y quiere que te sientas bien – volvió a mostrarme la botella – Cógela. Si ves que hay luz en su casa, llama. Si no, bueno, puedes acabártela

tú, – soltó una risita cómplice - amigo.

Accedí a hacerle el favor. Me dio la dirección de Freija y abrí la puerta de la entrada de su casa para marcharme.

- Y... una cosa – me volví hacia él mientras aún estaba en el rellano de la casa- La Iglesia de Escocia, su lema... - dudó - Ya lo conocía... Cuando mis padres... esas palabras aparecieron grabadas en las paredes de su dormitorio.

Después volvió a despedirse y cerró la puerta, dejándome con la palabra en la boca.

Las noches seguían siendo frías para estar en el mes de abril, pero la cantidad de alcohol que había ingerido a lo largo de esa noche hacía que apenas necesitase tener abrochado el abrigo. Sobre la mitad de mi calle comencé a buscar el número de la casa de Freija, no me hizo falta buscar mucho. La señora Han estaba en el recibidor de la casa cuyas luces ya estaban apagadas. Estaba en camisón, con el abrigo colocado encima de cualquier manera. Fumaba. Carraspeé para advertirle de mi presencia y tiró la colilla al suelo. Fingí no verla hasta pasado ese momento.

- Buenas noches, señora Han. – le saludé.

- ¿No te quedas a dormir en casa?- me fijé bien en su cara. Tenía surcos en sus mejillas. Había estado llorando hacía poco. – Yo no voy a pensar ninguna tontería, de verdad. Perdona por lo de antes...

- No, perdóname tú a mí – miré hacia el lado algo incómodo, sin saber muy bien qué decir, volví a mirarla – He sido desagradable con usted, y usted no se merece eso, señora Han.

- Por favor, Edmund... - replicó.

- No, en serio. – La interrumpí - Creo que se merece una disculpa.

- Claro que la merezco. Pero, por favor. Llámame Rowena. Eso de señora Han me hace sentir rara. Como si tuviera que poner un acento diferente o algo así.

Empecé a reírme tímidamente y ella también. Sin maquillar y sonriendo de aquella manera, liberada de tensiones tras haber llorado, bebido y fumado resultaba tremendamente adorable. Suspiré y la miré intensamente.

- Me voy a casa, Rowena. Ming Tao me ha dado esto para usted, - dije señalándole la botella - para que no le guarde rencor por haberse quedado a solas conmigo.

- Eres un encanto por traerlo, Edmund. Muchas gracias.

- No me las des. – Me volví para irme de allí, el efecto del alcohol estaba empezando a pasármese y sentía la necesidad de dormir. - ¡Ah! También le tenía que decir algo

importante – me volví hacia ella - Usted es la prima guapa de la familia, no crea lo contrario.

Me giré sin dejar que reaccionase ante mi observación y eché a andar. Cuando llevaba recorridos unos pasos volví la cabeza y vi que Rowena ya estaba dentro de la casa.

No valía la pena que me lo siguiese negando. Estaba enamorándome de Rowena Ming.

